

LA "RAZA DE LOS POBRES"

TAN IMPERATIVA como se afirma la necesidad de la esterilización en la lucha contra la herencia morbosa, tan evidente es la influencia del medio en la degeneración del individuo y de la raza humana. Entre los eugenistas que tienden a la selección de los nacimientos con el favorecimiento de los sanos y de los aptos, por una parte, y los malthusianos que tienden a la limitación de los nacimientos en relación con las subsistencias disponibles en una región determinada, por la otra, existen algunas divergencias que desaparecen poco a poco gracias a que los adeptos, tanto del eugenismo como del malthusianismo, adquieren un mejor conocimiento de los principios directores de ambas doctrinas. Los eugenistas se preocupan también de la cantidad, en lo que concierne a la población; los malthusianos, no sólo de la cantidad. El equilibrio entre la cantidad y la calidad de la población constituirá una solución ideal del problema de la procreación, que favorecerá el progreso constante de la humanidad.

En ciertos capítulos de *La Maternidad Consciente* se ocupa también Devaldés de la influencia negativa del medio en materia de selección humana. Basándose en las estadísticas de la "medicina social" y en las indagaciones de los biólogos, llega a conclusiones sorprendentes. La miseria económica, la existencia penosa de los que pueden denominarse los supernumerarios de la humanidad, ha creado, como lo ha demostrado el profesor Alfredo Nicéforo, una "raza de los pobres", que tiene su medio propio y sus caracteres *biológicos* particulares. El industrialismo excesivo ha marcado a los trabajadores manuales con estigmas específicos y ha llegado hasta a privarlos de lo que hubiera parecido ser su característica: la fuerza muscular. Nicéforo ha demostrado que las clases sociales no difieren tan sólo desde el punto de vista económico, sino también desde el punto de vista físico y psicológico. La raza de los pobres es inferior a los hombres normales desde todos los puntos: no solamente la talla,

la capacidad craneana, la fuerza física y la resistencia a la fatiga son reducidas en ella; no sólo el crecimiento de sus hijos es lento; no sólo sufre anomalías fisiológicas, sino que tiene una sensibilidad más reducida y sus caracteres psicológicos aproximan su mentalidad a la del niño y a la del primitivo.

Objetarán los socialistas que "la raza de los pobres" no es una consecuencia del medio natural, sino del medio social en régimen capitalista. Por consiguiente, suprimiendo el capitalismo, según ellos, se harían desaparecer los factores a causa de los cuales existe la raza de los pobres. Devaldés contesta anticipadamente: "La organización capitalista de la sociedad no es más que un producto, un *efecto* (y no una causa), un reflejo de la lucha natural por la existencia. Ahora bien, ¿qué fenómeno natural da origen a la lucha por la existencia? La *superpoblación*, como Darwin (autor de esa expresión) lo ha reconocido y cuya ley la ha establecido Malthus."

La población excesiva es casi exclusivamente la obra del proletariado, de los pobres. Los capitalistas y los partidarios de la guerra tienen necesidad de brazos para trabajar y carne de cañón. Pero ni sus sugerencias de "moralistas" en favor de la prolificidad, ni sus promesas de ventajas especiales a las "familias numerosas" pueden ser suficientes para determinar la superpoblación. El pueblo soporta los efectos de su ignorancia en lo que afecta a la vida sexual. La mujer es el elemento pasivo, fatalista, y el hombre es prolífero por bajo egoísmo, por bestialidad o por falta de voluntad. Si la mujer del pueblo poseyese los conocimientos sexuales de una mujer del "gran mundo", si dispusiera, sobre todo, de los medios discretos de evitar la concepción no deseada o el nacimiento que pone a veces en peligro la vida de la madre y es fatal con frecuencia para el hijo, entonces la mujer del pueblo sería un elemento activo en la regeneración de la especie humana. Deberían fundarse numerosos institutos de educación sexual cuya enseñanza impediría que se produjesen los crímenes de aborto, causados por la ignorancia de las mujeres y por la codicia de los charlatanes. Sería preciso también hacer legal el *aborto selectivo*, en cuya consecuencia se fundarían clínicas en las que el aborto necesi-

rio y voluntario sería practicado por especialistas autorizados, según principios puestos al servicio de la purificación y de la curación de la raza humana.

La selección de los nacimientos o, con más exactitud, la limitación concepcional, con miras a prevenir los efectos desastrosos de la superpoblación, se impone hoy a todo espíritu que haya podido emanciparse de los absurdos de la moral que impera en nuestras sociedades. Si la economía política de Malthus no responde ya a las concepciones sociales de la actualidad, su fórmula de la ley de población, así enunciada, sigue siendo incommovible: "La población tiene una tendencia constante a acrecentarse más allá de los medios de subsistencia." Sea cual fuere el progreso técnico e incluso si admitiésemos que tuviese que llegar una época en que pudiéramos utilizar directamente la ilimitada energía solar (o atómica), sigue siendo cierto que la población crecería también, sobrepasando sin cesar los medios de existencia acrecentados por la técnica. El desequilibrio entre la población y las subsistencias es una realidad actual, y continúa siendo un peligro futuro. Tan sólo la intervención sistemática del hombre, basada en la ciencia, por medio de la limitación de los nacimientos, aniquilará el azote de la superpoblación. Pues la superpoblación es eso realmente: ella engendra las crisis económicas y perpetúa la "raza de los pobres" en un medio contrario a toda selección humana. La herencia morbosa y la superpoblación son los dos grandes azotes contra los cuales los eugenistas, por una parte, por medio de la esterilización y de la educación sexual integral, y los malthusianos, por la otra, mediante la limitación concepcional o la práctica racional del aborto, proponen a la sociedad empeñar la lucha.

Las herejías más importantes que se oponen a estas reformas son contenidas en los dogmas religiosos y ultranacionalistas. La Iglesia —sea cual fuere: cristiana, judaica, islámica, etc.— abusa del mandamiento bíblico: "Creced y multiplicaos." Ese mandamiento es absoluto también en la India famélica, en la China opiómana y en el Japón imperialista. Todos los ritos, todas las tradiciones y supersticiones, todas las promesas paradisíacas y las obsesiones satánicas son puestas por el Estado, por los dogmas

religiosos o políticos, al servicio de la "fecundidad ilimitada", de la reproducción inconsciente elevada al rango de virtud. ¡Aun cuando "la mujer se debilite a consecuencia de alumbramientos repetidos e incluso si muere por ello"!

La ciencia ha demostrado que los partos frecuentes ocasionan la degeneración, tanto de la madre como de los hijos. En la Clínica de las Madres, de Londres, institución eugénica fundada por la doctora María Stopes, fueron examinadas, en 1924, 5,000 mujeres. Entre ellas, 4,235 estuvieron embarazadas una o varias veces (¡algunas hasta 17 veces!). He aquí el resultado de la encuesta: las mujeres que tuvieron dos o tres embarazos dan un porcentaje de mortalidad infantil y de partos falsos (abortos) de 9.83. En las mujeres que han tenido cinco embarazos, el porcentaje se eleva a 21.67; en seis embarazos, el porcentaje es de 33.18; en doce embarazos, de 37, y el porcentaje crece siempre. La mortalidad infantil (en el seno de la madre o durante los primeros años de la infancia) en las mujeres que han sufrido demasiados embarazos llega hasta el 50 por ciento. Y no hay qué olvidar que la mortalidad habitual, calculada sobre mil, está lejos de alcanzar estas cifras.

He ahí un argumento biológico de primera importancia contra los embarazos frecuentes. Sin embargo, las Iglesias, que suelen desnaturalizar el espíritu de las religiones, ordenan al mismo tiempo que el Estado: "Multiplícaos". Este mandamiento es indiscutible: la madre puede morir agotada, los hijos pueden nacer degenerados, poco importa. Los padres deben cumplir las sagradas obligaciones conyugales *ad majorem gloriam Dei...*

La maternidad consciente exige del hombre un espíritu libre de los dogmas y de las supersticiones, y un corazón grande en el que debe dominar "el respeto ajeno, que es la forma más elevada de la justicia, y la piedad, que es la forma más elevada del amor".